



Canto al Duero arribeño

Solaz mañana entre el silencio del cañón del Duero
arrullado por el sonido de mi guitarra
y un puñado de turistas que son la voz del tiempo,
entre amapolas, olivos y almendros.

Tiempo, que fluye entre mis dedos,
melodías que se esfuman en el suave viento que va y viene,
haciendo requiebros y rizos,
aupando los buitres cual surfistas en olas transparentes,
abrazando el silencio perenne.

Sol, brisa, agua.
Barco que avanza en la quietud del cortejo inmóvil
de buitres mirones,
apostados como saetas en los balcones soñolientos colgados de la roca dorada,
esculpida con trazos de cubismo picassiano,
salpicada del verde amarillo de higo arribeño.

Barco escoltado por cormoranes intrépidos y circenses,
por cigüeñas negras erguidas, con una pata bajo el ala,
reverenciosas,
a ras del agua,
saludando al viajero que se aventuró en su reino.

Duero acunando sonidos de mi guitarra que una señora atenta escucha,
porque es escenario único,
esculpido por siglos,
amansado por el hombre,
por lugareños de pantalón de pana remendado,
de brazos de hierro y alma pura de flor de jara,
de dorado membrillo,
de blanco sol cenital,
de niquelado acero.

Blanco, azul, verde,
dorado espejo del Rupitín de mis sueños.

Solaz mañana entre el aroma y los sonidos del silencio,
en este rincón tortuoso, de cuchillo hendido abriendo paso a este Duero terco,
en Aldeadávila de la Ribera,
donde se fueron labrando mis sueños.

Sueños de un tiempo lejano en pos el sustento,
estrujando las prietas ubres de cabras respingonas,
apasionadas funambulescas triscando en el abismo,
mirando al río embelesado en sus sueños,
leche de sus entrañas,
arribeñas,
huesos de tantas almas que pasaron,
que se fueron,
corazón de las Arribes,
que dentro llevo.
Duero.
Mi Duero.
Mi Dulce Duero.

Félix Carreto